



Condiciones del buen amor: “El encuentro”

por Sergio Sinay

¿En qué lugar me encontraré con la persona de mis sueños? ¿A quien designo el destino para hacerme feliz? Preguntas como estas, más explícitas, menos directas, suelen impulsar nuestras búsquedas amorosas. Parecen todas hijas de una misma creencia: el que busca encuentra.

Y allí podemos vernos, peregrinos infatigables, movedizas hormiguitas que van y vienen por los senderos de la existencia con tesón, a veces con desesperación, aparentemente, con certeza de su destino.

¿Qué buscamos cuando nos internamos en estos rastreos afectivos? Hay tantas respuestas como personas.

Seguridad – ternura – compañía – protección – admiración – certeza – calor – diversión – pasión – apoyo – armonía – paz, la lista puede tornarse infinita. Y también puede caber en una palabra: felicidad - nada más y nada menos –

La felicidad tendrá una cara, un cuerpo, un nombre. Alguien será motivo, origen y destino, fuente y receptáculo amoroso. No solo buscan los que están solos. Hay quienes en un momento creyeron haber encontrado y ahora, acompañados todavía por esa persona, se sienten insatisfechos. Y se dicen que este no fue el encuentro “verdadero”, que aún deben seguir buscando, que reconocerán la señal y entonces, sí, esa vez será.

La búsqueda amorosa. Una curiosa, constante experiencia humana que demanda energía, consume sueños, alimenta desencantos, fomenta ilusiones, impulsa audacias, motiva frustraciones, alienta expectativas.

Todo lo que necesitas es alguien a quien amar, dicen las canciones, los poemas, ciertos gurúes y los consejos del entorno mejor intencionados. Tus heridas sanarán cuando alguien te ame, auguran. Hay una promesa que se nos hizo a cada uno en algún momento (¿quién?, ¿cuándo?, son respuestas personales). Esa promesa dice: encontrarás tu amor.

Y allí andamos, buscando. Buscando para encontrar. Es tan imperiosa la promesa en la que creímos, que la búsqueda amorosa rara vez admite la posibilidad de finalizar “sin éxito”. ¿Qué es el éxito? ¿Encontrar sí, o sí? ¿No permanecer sola/o más tiempo del que pueda resultar extraño a la mirada de los demás? ¿No estar solas/os mientras que hay otras que han consumado su encuentro?

Si busco para encontrar, más tarde o más temprano encontraré.

Porque “el que busca encuentra”. Lo que no se puede anticipar es qué, a quién, cómo, para qué, para cuánto, a qué precio.

Cuando me obligo a una búsqueda afectiva, impulsada por mi hambre de cariño – por creencias – por mis presiones internas – por presiones externas – por expectativas exageradas – por temores propios - , estoy “condenada/o” a encontrar. Desde el punto de vista pragmático, mi experiencia habrá sido exitosa, aunque probablemente haya olvidado mirar al otro, y mi búsqueda se convertirá en un círculo perfecto y riesgoso. Como el sediento en el desierto, puede ser que haya encontrado un espejismo, apenas reflejo distorsionado de mis ansias.

Imagino tu cuestionamiento en este momento, ¿qué tiene de malo buscar alguien a quien amar y por quien ser amada, acaso debo quedarme inmovilizada, cultivando mi propia infelicidad? Mi respuesta es: las búsquedas mueven al mundo, lo transforman, lo enriquecen. Nuestras propias exploraciones nos convierten en los mejores, en los más autorizados cartógrafos de nuestra existencia.

También creo, que son las búsquedas “no condicionadas”, abiertas, las que nos permiten exponer nuestra creatividad, nuestra depurada intuición, nuestra sensibilidad más fina.

Si busco un amante preconcebido, sólo podré ver lo previsto. Estaré ciega ante la diversidad, ante lo diferente, ante lo imprevisible, ante lo insospechado. Me encontraré prisionera de mi urgencia, de mis esquemas, de las exigencias internas que proyectaré sobre la otra persona. Veré lo que quiero ver.

Muchísimas/ se lamentan “tengo una increíble mala suerte en mis elecciones”

¿Tienen mala suerte? ¿Acaso no se proponían encontrar a alguien? Y lo encontraron. Y encontrarán a otro, y a otro. Buscaron sin libertad para no encontrar. En realidad el encuentro con otro, es una de las más delicadas, fascinantes y sagradas obras de ingeniería espiritual, que pueden acontecer en la experiencia humana. Un error de apreciación, una señal ignorada, una maniobra forzada, producen derrumbe, el dolor, la frustración, la herida en el alma.

El encuentro es mucho más que la simple coincidencia en un lugar y en un momento. Una verdadera concurrencia empieza a producirse cuando dos personas pueden permanecer una ante la otra exponiendo progresivamente sus diferencias, sus aspectos incompletos, sus características singulares, sus cualidades intrasferibles, sus necesidades impostergables, sus recursos propios, sus facetas inexplicables, sus rasgos inesperados, sus atributos incomparables. Cuando siendo lo que son y no los que deberían ser, pueden elegirse y ser elegidos.

Nada de esto puede saberse ni garantizarse ni predeterminarse, al iniciar la búsqueda.

El encuentro, puede ser uno de los resultados posibles de la búsqueda. Otro (menos valioso) consiste en el sólo hecho de explorar. No toda búsqueda que culmina en la fusión con otro, es exitosa. El verdadero encuentro, nada tiene que ver con la simbiosis que elimina lo distinto y establece un espacio indiscriminado en donde alguna vez hubo dos potenciales sujetos amorosos.

Suele ocurrir que la búsqueda más fecunda, la que culmina en el encuentro con un sujeto amoroso, es la que no se emprende.

O, mejor, la que no se advierte. Cuando más intensa, profunda y sincera es mi exploración interior, cuando más comprometido y honesto resulta el encuentro que soy capaz de sostener con mi propia identidad, más afinados están mi atención, mi intuición, y los recursos de mi inteligencia y de mi espíritu para conducirme a un encuentro con otra persona. Y este ejercicio no necesariamente es percibido ni ofrece indicios a la mirada exterior, a la expectativa, a la exigencia, al deseo o a las prescripciones de los otros. Por el contrario, muchas búsquedas, son ejercicios de fuga, internas o externas. Huyo de mí, del encuentro pendiente conmigo, corro hacia alguien. Si es necesario me convenceré de que amo a esa persona. O creeré que me ama.

Cuando el primer paso de una búsqueda no es el encuentro previo con mis propias necesidades, recursos, capacidades, gustos, sentimientos, emociones, sensaciones, y registros, crecen las posibilidades de que el intento sea vano o ilusorio. Una vez producido el aparente “encuentro”m la persona – objeto encontrada no tarda en perder su significado e inmediatamente surge la “necesidad” de apartarse de ella y volver a buscar. Abandono o soy abandonada.

La mitología del final feliz: está impuesta con tanta fuerza en nuestra cultura amorosa, que de ella se alimenta la obsesión por la búsqueda del amado predestinado. La urgencia por ese tipo de final, hace que las búsquedas se hagan en una sola dirección, con un solo objetivo, y en un tiempo limitado. El mundo está lleno de mujeres y de varones que no querían perder el último tren y subieron a un vagón sin conocer ni el destino ni las condiciones del viaje. El paisaje que nos rodea está saturado de “últimos trenes” que descarrilaron, y de sus víctimas. Nuestra mala educación amorosa, nos enseñó que es preferible estar mal acompañada antes que sola. Los que tienen pareja, aunque no los una el amor sino el espanto, son “exitosos” y los que no, “fracasan”. Es fácil comprender cómo, bajo el dominio de esas creencias, la búsqueda obsesiva, se torna más importante que el encuentro nutricional, sanador, complementario, integrador, plenamente amoroso.

Sergio Sinay